

# El libro de Daniel - Número ciento diecisiete

## *Develando la inminente Ley Dominical: un análisis tipológico de la señal para huir*

Jeff Pippenger

2024-03-05

La hermana White identifica la inminente ley dominical como la “señal”, que fue prefigurada por los ejércitos de Roma cercando Jerusalén en el año 66, y, al hacerlo, identifica una clase que tiene ojos que no ven y oídos que no oyen.

La eternidad se extiende ante nosotros. El telón está a punto de levantarse. Nosotros que ocupamos esta posición solemne y responsable, ¿qué estamos haciendo, en qué estamos pensando, que nos aferramos a nuestro egoísta amor por la comodidad, mientras las almas perecen a nuestro alrededor? ¿Se han vuelto completamente insensibles nuestros corazones? ¿No podemos sentir o comprender que tenemos una obra que hacer para la salvación de los demás? Hermanos, ¿son ustedes de la clase que, teniendo ojos, no ven, y teniendo oídos, no oyen? ¿Es en vano que Dios les haya dado conocimiento de su voluntad? ¿Es en vano que les haya enviado advertencia tras advertencia? ¿Creen ustedes las declaraciones de la verdad eterna acerca de lo que está por venir sobre la tierra, creen que los juicios de Dios penden sobre el pueblo, y pueden aún seguir sentados a sus anchas, indolentes, descuidados, amantes del placer?

«Ahora no es tiempo para que el pueblo de Dios esté poniendo sus afectos ni atesorando sus tesoros en el mundo. No está lejano el tiempo cuando, como los primeros discípulos, nos veremos obligados a buscar refugio en lugares desolados y solitarios. Así como el sitio de Jerusalén por los ejércitos romanos fue la señal de huida para los cristianos de Judea, del mismo modo la asunción de poder por parte de nuestra nación en el decreto que imponga el sábado papal será para nosotros una advertencia. Entonces será tiempo de abandonar las grandes ciudades, en preparación para dejar las más pequeñas, para ir a hogares apartados en lugares aislados entre las montañas». Testimonies, tomo 5, p. 464.

La inminente ley dominical en los Estados Unidos es la señal de advertencia (señal): "salir de las grandes ciudades, como preparación para salir de las más pequeñas hacia hogares retirados en lugares apartados entre las montañas." El adventismo laodicense en gran medida no es consciente de que la crisis de la ley dominical en los Estados Unidos cumple la "señal" de la que se habla en El Gran Conflicto. Está tipificada por la "señal" al comienzo de los tres años y medio. La "señal" se cumplió en el primer asedio de Jerusalén, ocurrido en el año 66, y tipifica el "estandarte" que se levanta en la inminente ley dominical.

La destrucción propiamente dicha de Jerusalén fue consumada por Tito en el año 70 d.C., y el asedio de Tito había sido prefigurado primero en el asedio de Cestio del año 66 d.C., pues Jesús siempre ilustra el fin de una cosa con el comienzo de la misma. Fue el asedio inicial de Cestio el que fue la "señal" para huir que Jesús había dado, no el asedio de Tito. Uno fue el asedio del

principio; el otro, el asedio del final.

Ni un solo cristiano pereció en la destrucción de Jerusalén. Cristo había advertido a sus discípulos, y todos los que creyeron sus palabras aguardaban la señal prometida. "Cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos", dijo Jesús, "sabed entonces que su desolación está cerca. Entonces los que estén en Judea huyan a los montes; y los que estén en medio de ella salgan." Lucas 21:20, 21. Después de que los romanos, bajo el mando de Cestio, habían rodeado la ciudad, abandonaron inesperadamente el asedio cuando todo parecía favorable para un ataque inmediato. Los sitiados, desesperando de poder resistir con éxito, estaban a punto de rendirse, cuando el general romano retiró sus fuerzas sin la menor razón aparente. Pero la misericordiosa providencia de Dios estaba dirigiendo los acontecimientos para el bien de su propio pueblo. La señal prometida había sido dada a los cristianos que aguardaban, y ahora se ofrecía una oportunidad para que todos los que quisieran obedecer la advertencia del Salvador. Los acontecimientos fueron dirigidos de tal manera que ni judíos ni romanos pudieran impedir la huida de los cristianos. Ante la retirada de Cestio, los judíos, saliendo de Jerusalén, persiguieron a su ejército en retirada; y mientras ambas fuerzas se hallaban así completamente empeñadas, los cristianos tuvieron oportunidad de salir de la ciudad. En ese momento, el país también había quedado libre de enemigos que pudieran haber intentado interceptarlos. En el tiempo del sitio, los judíos estaban reunidos en Jerusalén para celebrar la Fiesta de los Tabernáculos, y así los cristianos de todo el país pudieron escapar sin ser molestados. Sin demora, huyeron a un lugar seguro: la ciudad de Pella, en la tierra de Perea, más allá del Jordán. El conflicto de los siglos, 30.

El asedio de Jerusalén por Cestius en el año 66 cumplió la "señal" de advertencia que Cristo había dejado registrada para los cristianos de aquella historia, pero el asedio de Titus en el 70 d. C. no dio ninguna "señal" para huir. En ese asedio no quedaron cristianos en la ciudad, y ese último asedio condujo a la destrucción de Jerusalén, y en la destrucción de Jerusalén "no pereció ni un solo cristiano", porque los cristianos habían huido al principio de la historia.

Las fuerzas judías, persiguiendo a Cestius y a su ejército, cayeron sobre su retaguardia con tal fiereza que amenazaba con su destrucción total. Con gran dificultad lograron los romanos efectuar su retirada. Los judíos escaparon casi sin pérdidas y, con su botín, regresaron en triunfo a Jerusalén. Sin embargo, este aparente éxito solo les trajo mal. Les infundió ese espíritu de obstinada resistencia contra los romanos que pronto trajo increíble desdicha sobre la ciudad condenada.

Terribles fueron las calamidades que cayeron sobre Jerusalén cuando Tito reanudó el asedio. La ciudad fue cercada durante la Pascua, cuando millones de judíos estaban reunidos dentro de sus murallas. La Gran Controversia, 31.

Desde la fiesta de los Tabernáculos del año 66 hasta la Pascua del año 70 son tres años y medio, que proféticamente son mil doscientos sesenta días. Desde el año 66 hasta el año 70 Roma pagana pisoteó el santuario y el ejército, así como la Roma papal pisoteó la ciudad santa por cuarenta y dos meses desde el año 538 hasta 1798.

Pero el atrio que está fuera del templo, déjalo aparte y no lo midas; porque ha sido dado a los gentiles; y ellos pisotearán la ciudad santa cuarenta y dos meses. Apocalipsis 11:2.

Tanto la Roma pagana como la Roma papal hollaron Jerusalén por mil doscientos sesenta días (años), lo que indica que la Roma moderna hollaría la Jerusalén espiritual de los últimos días por un período simbólico de mil doscientos sesenta días. Ese período simbólico comenzaría con la inminente ley dominical en los Estados Unidos, cuando la herida mortal sea sanada.

Y vi una de sus cabezas como herida de muerte; y su herida mortal fue sanada; y toda la tierra se maravilló en pos de la bestia. Y adoraron al dragón que dio poder a la bestia; y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia? ¿Quién podrá combatir contra ella? Y le fue dada una boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y le fue dada autoridad para actuar cuarenta y dos meses. Apocalipsis 13:3-5.

Los simbólicos cuarenta y dos meses de persecución papal son la "hora" de la crisis de la ley dominical. Esa "hora" comienza con una "señal" (el estandarte) y termina con "señales". La "señal" del estandarte en la ley dominical hará que todos los cristianos que aún estén en Babilonia huyan al glorioso monte santo que ha sido exaltado (elevado) por encima de los demás collados.

Y sucederá en los postreros días que el monte de la casa del Señor será establecido en la cumbre de los montes, y será exaltado sobre los collados; y hacia él afluirán todas las naciones. Y muchos pueblos irán y dirán: Venid, y subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob; y él nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas; porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor. Isaías 2:2-3.

La huida de las ciudades ante el decreto que imponía el culto dominical fue prefigurada tanto por la huida de los cristianos en el año 66 como por la huida de la iglesia en el año 538, que huyó al desierto.

Y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios, para que la sustenten allí por mil doscientos sesenta días. Apocalipsis 12:6.

La destrucción de Jerusalén, desde el primer asedio hasta el último, duró tres años y medio, pero se dio un mensaje de advertencia de la destrucción venidera durante siete años: tres años y medio antes del primer asedio y tres años y medio después.

Todas las predicciones dadas por Cristo acerca de la destrucción de Jerusalén se cumplieron al pie de la letra. Los judíos experimentaron la verdad de Sus palabras de advertencia: 'Con la medida con que medís, se os volverá a medir.' Mateo 7:2.

Aparecieron señales y prodigios, que presagiaban desastre y perdición. En medio de la noche, una luz antinatural resplandeció sobre el templo y el altar. En las nubes, al ponerse el sol, se veían carros y hombres de guerra que se reunían para la batalla. Los sacerdotes que oficiaban de noche en el santuario quedaron aterrados por sonidos misteriosos; la tierra tembló, y se oyó una multitud de voces que clamaba: 'Salgamos de aquí'. La gran puerta oriental, que era tan pesada que apenas podía cerrarse con una veintena de hombres, y que estaba asegurada con inmensas barras de hierro fijadas profundamente en el pavimento de piedra maciza, se abrió a

medianoche, sin intervención visible.-Milman, The History of the Jews, libro 13.

Durante siete años un hombre continuó subiendo y bajando por las calles de Jerusalén, anunciando las calamidades que habían de venir sobre la ciudad. De día y de noche entonaba un lúgubre canto fúnebre: "¡Una voz del oriente! ¡Una voz del occidente! ¡Una voz de los cuatro vientos! ¡Una voz contra Jerusalén y contra el templo! ¡Una voz contra los novios y las novias! ¡Una voz contra todo el pueblo!" - Ibíd. Este extraño ser fue encarcelado y azotado, pero ninguna queja escapó de sus labios. A los insultos y maltratos respondía solamente: "¡Ay, ay de Jerusalén!" "¡Ay, ay de sus habitantes!" Su grito de advertencia no cesó hasta que fue muerto en el asedio que había predicho. El conflicto de los siglos, 29, 30.

La destrucción final de la Jerusalén literal en el año 70 estuvo precedida por "señales y prodigios" que indicaban "desastre y ruina". Las "señales" de advertencia se manifestaron durante tres años y medio antes del primer asedio y durante los tres años y medio que desembocaron en la destrucción. Las "señales" (en plural) que identificaban la destrucción venidera no eran la "señal" de advertencia para huir, sino un anuncio del inminente cierre del período de prueba.

Durante el pisoteo de la Jerusalén espiritual del 538 al 1798, la "señal" de advertencia para huir fue la aparición de la abominación desoladora, cuando "aquel hombre de pecado" fue "revelado", como "el hijo de perdición; que se opone y se exalta sobre todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; de modo que él, como Dios, se sienta en el templo de Dios, mostrándose como Dios."

Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de la que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda). Mateo 24:15.

Cuando los cristianos de aquella época reconocieron esa 'señal', huyeron al desierto durante mil doscientos sesenta años.

Fue necesaria una lucha desesperada para que quienes querían ser fieles permanecieran firmes contra los engaños y abominaciones que, disfrazados con vestiduras sacerdotales, fueron introducidos en la iglesia. La Biblia no se aceptaba como norma de fe. La doctrina de la libertad religiosa fue calificada de herejía, y sus defensores fueron odiados y proscritos.

Tras un largo y severo conflicto, los pocos fieles decidieron romper toda unión con la iglesia apóstata si esta seguía negándose a liberarse de la falsedad y la idolatría. Vieron que la separación era una necesidad absoluta si querían obedecer la palabra de Dios. No se atrevieron a tolerar errores fatales para sus propias almas ni a dar un ejemplo que pusiera en peligro la fe de sus hijos y de los hijos de sus hijos. Para asegurar la paz y la unidad estaban dispuestos a hacer cualquier concesión compatible con la fidelidad a Dios; pero sentían que aun la paz sería demasiado cara si se comprara al precio del sacrificio de los principios. Si la unidad solo pudiera asegurarse transigiendo con la verdad y la rectitud, entonces que haya desacuerdo, e incluso guerra. El Gran Conflicto, 45.

Al acercarse el final de los mil doscientos sesenta años de persecución papal, hubo "señales" (en plural), y, como sucedió con las "señales" al final de los mil doscientos sesenta días en que la Roma pagana holló la Jerusalén literal, esas "señales" no eran señales para huir.

"El Salvador da señales de Su venida, y más que esto, fija el tiempo en que aparecerá la primera de estas señales: 'Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas; y entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces todas las tribus de la tierra se lamentarán, y verán al Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y Él enviará a Sus ángeles con gran voz de trompeta, y reunirán a Sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.'"

Al término de la gran persecución papal, Cristo declaró que el sol se oscurecería, y la luna no daría su luz. Luego, las estrellas caerían del cielo. Y Él dice: "Aprended la parábola de la higuera: cuando su rama ya está tierna y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca; así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que Él está cerca, a las puertas." Mateo 24:32, 33, margen.

Cristo ha dado señales de Su venida. Declara que podemos saber cuando Él está cerca, aun a las puertas. Él dice acerca de los que ven estas señales: "No pasará esta generación hasta que todas estas cosas se cumplan". Estas señales han aparecido. Ahora sabemos con certeza que la venida del Señor está cerca. "El cielo y la tierra pasarán", dice, "pero Mis palabras no pasarán". El Deseo de las Edades, 631, 632.

Cuando estaban por terminar "los tres años y medio del hollamiento de Jerusalén" por la Roma papal, hubo una serie de "señales" que identificaron la venida de Cristo e inauguraron la historia milerita. La historia milerita ha de repetirse al pie de la letra en los últimos días. Esas "señales", que aparecieron "al cierre de la gran persecución papal", habían sido tipificadas por "señales" que aparecieron al concluir los tres años y medio del hollamiento de Jerusalén, del año 66 al 70, por la Roma pagana. Por lo tanto, con base en dos testigos, habrá una "señal": el estandarte será alzado en la hora del gran terremoto, que es la señal de advertencia para huir en la historia de la Roma moderna; y también habrá "señales", en plural, que ocurrirán al cierre del período de persecución de la Roma moderna en los últimos días.

Continuaremos este estudio en el próximo artículo.

Leed el capítulo 21 de Lucas. En él, Cristo da la advertencia: "Mirad por vosotros mismos, no sea que en algún momento vuestros corazones se carguen de glotonería, embriaguez y los afanes de esta vida, y que aquel día venga sobre vosotros de improviso. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, y orad siempre, para que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre" (Lucas 21:34-36).

Las señales de los tiempos se están cumpliendo en nuestro mundo; sin embargo, por lo general se presenta a las iglesias como adormecidas. ¿No nos servirá de advertencia la experiencia de las vírgenes insensatas, que, cuando se oyó la llamada: 'He aquí el esposo viene; salid a su encuentro', descubrieron que no tenían aceite en sus lámparas? Y mientras iban a comprar aceite, el esposo entró a la cena de bodas con las vírgenes prudentes, y la puerta se cerró. Cuando las vírgenes insensatas llegaron al salón del banquete, recibieron una negativa inesperada. El señor del banquete declaró: 'No os conozco'. Quedaron afuera, de pie, en la calle

desierta, en la negrura de la noche. Manuscript Releases, volumen 15, 229.